Presentación de la novela *No soy Briseida* de Conchita de la Peña

Ana L. Baquero Escudero

El campo de la creación literaria carece, afortunadamente, de marcados y precisos límites y puede ser abordado desde los más diversos y variados sectores. Común es, así, por ejemplo, en la historia literaria la presencia de escritores cuya vida profesional aparece ligada a la medicina. El caso que aquí nos ocupa es, precisamente, el de una autora cuya trayectoria siempre ha estado vinculada al ámbito académico de la historia del arte. Ciertamente cualquiera –y no solo de nuestra región- que encuentre el nombre de Concepción de la Peña Velasco sabe que tras el mismo está una de las más brillantes y reconocidas, internacionalmente, investigadoras del mismo. Lo que, posiblemente, no espere encontrar, ese hipotético receptor, es una obra que debe ser catalogada dentro de la ficción literaria. Precisamente este es el motivo, sin duda gozoso, que nos reúne aquí a todos esta tarde: la publicación de una novela de Conchita de la Peña. El proyecto de su escritura se remonta, sin duda, a un tiempo ya lejano pues realmente me resulta difícil situar en el mismo las primeras noticias que la autora me ofreció sobre este. En la página final del libro se recoge que la novela estaba concluida en diciembre de 2022, pero no se señala cuándo la inició.

Tras años de preparación, realización y reescritura constante la novela, *No soy Briseida*, ha visto la luz y ha recaído en mí, su atenta y cercana seguidora en su paulatino desarrollo, la feliz tarea de su presentación. Por fin, pues, podemos tener ya la obra en nuestras manos y admirar tan solo a primera vista, su configuración final, gracias a la conseguida y expresivamente simbólica cubierta en cuyo diseño e imagen han colaborado estrechamente dos personas tan próximas al círculo familiar de la autora como Jaime de la Peña y Manuel Saura.

Como quizás podrá esperarse de la condición de su autora, nos encontramos ante una novela histórica. Si ya desde su lejana consolidación en la etapa romántica, tal especie se caracterizó, y su nombre resulta un claro anticipo, por la fusión entre historia y ficción, ya los escritores decimonónicos acudieron a un minucioso rastreo de fuentes

documentales, sobre las que construir sus mundos de ficción. En el caso de *No soy Briseida* la incorporación de las mismas resulta innegable y a través de ella se evidencia, de manera inequívoca, el magistral dominio que del ámbito histórico recuperado posee la autora.

La trama incorpora dos realidades distintas, situadas en períodos temporales alejados, de manera que el narrador va saltando de una a otra, provocando una lectura marcada por una inteligente y bien construida alternancia.

Por una parte, la historia nos sitúa en nuestra realidad presente. Un investigador británico, Ron, a raíz del entusiasmo que produce en él la exposición en la National Galery sobre arte barroco español, decide ahondar en el mismo y viajar directamente a España para conocerlo. Si en un primer momento se dirige a Madrid y Valladolid, la invitación de un amigo historiador murciano, Juan Luis, con quien coincidió como estudiante Erasmus, le hace dirigirse a nuestra tierra. Por cierto, el atónito inglés no deja de exponer su consternación al comprobar las notorias dificultades para poder llegar hasta allí, en un momento en el que todavía nuestro aeropuerto era el de San Javier. Leemos: "Programar cualquier viaje a esta parte de la periferia peninsular era una aventura, por mucho que políticos de diferentes partidos no lo terminaran de entender" (p. 79). A través de la incorporación del motivo del viaje, la autora se sirve del viejo esquema narrativo usado en una amplia tradición literaria, de la llegada de un extranjero a un lugar para él desconocido y que contempla, en consecuencia, a través de una nueva percepción. A él incorpora también otro viejo motivo literario ligado a la pareja del personaje guía y personaje guiado, constituyéndose como representación evidente del primero, su amigo Juan Luis. Los lectores recorremos, así, con el personaje que va descubriendo todas esas nuevas realidades, escenarios bien conocidos: la Plaza de las Flores, la de Santo Domingo, el Claustro de la Facultad de Derecho…, algunos tan familiares a la autora como el Mar Menor o la misma Biblioteca Nebrija. En tal espacio van incorporándose nuevos personajes, vinculados a su amigo y a su proyecto, como su novia Esther, la eficaz archivera Sara, la estudiante Elena... Sin duda, el reflejo de la propia escritora, ligado a vivencias y experiencias personales, resulta inequívoco en esta parte de la novela centrada en su presente.

Significativamente, por lo demás, la llegada del inglés se produce la noche del Jueves Santo, de tal forma que, acompañado por su guía, a la mañana siguiente disfruta de la magnífica visión del despliegue procesional del Viernes Santo.

> *Los pasos salían de la ermita de Jesús con una maniobra compleja y llevados a hombros por numerosos nazarenos con la cara descubierta, junto a los llamados penitentes, que, con el rostro tapado, cargaban una cruz, salvo los que cerraban el cortejo que portaban un cirio. Era una oportunidad única para conocer la puesta en escena y el ritual que consideró una sinopsis visual de la pasión de Cristo, con los pasos procesionales construyendo el hilo argumental (p. 84).*

Ron admirará, así, el paso de La Cena para escuchar atento las indicaciones de Juan Luis:

> *-Judas se emplaza a la izquierda de Cristo y al final. Es el sitio de menor importancia, según las formalidades del protocolo. Es pelirrojo, con las connotaciones negativas que tenía el cabello bermejo, al relacionarse con la maldad. La túnica que viste es amarilla, el color de la traición, y no lleva camisa, acaso aludiendo a la suciedad de su cuerpo y de su alma –relató Juan Luis-. Aunque no porta la bolsa con las treinta monedas que remarcan la avaricia, ni las botas en alusión a la huida, fíjate en el gesto y su estrabismo. Salzillo no lo ridiculiza, sino que es indulgente con él, aunque sin olvidar que es ejemplo de perfidia (p. 86).*

Parece evidente que tras la voz del personaje se trasluce, claramente, en esta situación, la de su creadora. Una voz presente desde el principio al final de la novela en sus magníficas descripciones de obras artísticas.

El interés del investigador británico se concentrará, finalmente, en la figura de Nicolás Salzillo, padre del célebre escultor, hallando un documento que hace referencia a la venta que este hizo de una esclava y su hija. A partir de ese momento, tal figura –la esclava vendida- y tal tema –la esclavitud- se convierten en el objetivo central de su investigación.

Precisamente la otra parte de la novela nos retrotrae a ese tiempo pasado, objeto del interés del historiador inglés, para presentar la dura y penosa vida de Fátima, joven capturada y vendida como esclava, que llega al puerto de Cartagena para ser comprada en Murcia. Como cualquier lector que conozca a la autora podría prever, la reconstrucción de ese mundo desaparecido en manos de una indiscutible especialista en el universo artístico de Salzillo y su época es de una asombrosa riqueza, y consigue introducirnos y que vivamos con una intensa cercanía esa realidad extinguida que adquiere, a través de la recreación literaria, extraordinarios perfiles. La Murcia dieciochesca, con sus calles, edificios, objetos, costumbres, comidas… se despliega ante el asombrado lector con una viveza y realidad insólitas, ofreciendo, además, al lector nativo la posibilidad de adquirir una nueva percepción de ese mundo próximo y bien conocido por él, al encontrarlo singularmente transmutado en su regreso al pasado. Incluso se nos ofrece la posibilidad de adentrarnos, como ocultos intrusos, en el taller de Nicolás Salzillo, donde podremos conocer y seguir el desarrollo de sus tareas cotidianas. La minuciosidad, precisión y brillantez que todo este mundo, que tan bien conoce la investigadora de arte, adquiere en su universo ficcional es verdaderamente admirable.

> *En el taller, Nicolás Salzillo había colocado modelos de yeso y cera en una leja. En cambio, la carpeta con dibujos y láminas de diferentes tamaños la guardaba a buen recaudo y no dejaba que nadie la tocase sin su permiso. Además, había colgado en la pared vaciados de pies, brazos, manos y otras partes del cuerpo. Bien de mañana, el maestro elegía algunos bosquejos o estampas. Entonces, ponía a los muchachos a copiarlos. Los aprendices se iniciaban en el conocimiento de lo bello y los oficiales reforzaban lo que sabían. Los más avezados realizaban dibujos de academia, pues no podían ser escultores sin ser diestros en materializar un desnudo humano completo (….) Muy de mañana empezaba a trabajar y continuaba hasta el anochecer. No había rato de sosiego, ni de silencio en el taller. Amaba su profesión. Tenía un hijo varón que había nacido en 1707. Le puso Francisco, el nombre de su padre. Él lo llamaba Francesco. Correteaba por allí*

> *algunos ratos. Entonces, el maestro reclamaba la presencia de la esclava para que estuviera pendiente del niño y no se dañara, ni molestara demasiado. No le parecía mal que Francisco viera desde pequeño cómo discurría la vida en el taller, pero era peligroso para una criatura con algo más de dos años. Lo hacía traer cuando trabajaba los ángeles niños, para inspirarse en sus gestos y en cómo formalizar sus carnes sonrosadas (pp. 217-221).*

Si la novela presenta, en consecuencia, estas dos tramas paralelas pertenecientes a momentos temporales distintos –y el símbolo de la cubierta aparece siempre en el inicio de los capítulos del pasado-, la escritora ha trazado también claros vínculos de relación entre ambas. El lector podrá, así, contrastar las percepciones de dos personajes ajenos a la realidad murciana, como Fátima y Ron, en su visión de la Catedral, como constatará la superioridad de sus conocimientos, gracias a sus recurrentes inmersiones en el pasado, respecto a enigmas que al británico se le plantean -¿Por qué tenía la oreja desgarrada la esclava?-.

Ambos planos, por lo demás, aparecen también singularmente hermanados en la ingeniosa coda metaliteraria con la que concluye la novela de la que nada diré aquí, a la espera de que puedan disfrutar de ella directamente.

Pero además de novela histórica, *No soy Briseida* podría, me parece, ser catalogada también como novela en clave. En la historia literaria encontramos claras muestras de este tipo de ficción en el que tras unas figuras aparentemente creadas por el autor, se ocultan identidades reales. En la tradicional novela pastoril áurea, por ejemplo -como en general en la tradición literaria bucólica-, ello resultó bastante común, de manera que ha habido estudiosos que han intentado identificar las personalidades históricas que tras esas criaturas ficticias se escondían. Quizás cabría pensar que en un futuro lejano exista quien intente descifrar e identificar a las numerosas personas reales que aparecemos dentro del libro –en lo que, desde luego, invertirá mucho tiempo y trabajo, tantas somos las incluidas en este-. Tales incorporaciones las lleva a cabo la autora, claro está, en el plano del tiempo presente, de manera que quienes hemos

tenido la suerte y el privilegio de formar parte de su vida vamos a ir encontrándonos a lo largo de sus páginas. Una lectura esta que, sin duda, provoca en tales receptores unas singulares e inesperadas resonancias a través de las cuales llegamos a sentir que formamos parte de la propia ficción.

En conclusión, creo que el día de hoy es, sin duda, un día muy feliz por habernos reunido en este espléndido marco del Casino de Murcia para celebrar la publicación de una novela de Conchita de la Peña. Si todos los que la conocemos sabemos de su capacidad de trabajo, con los impresionantes frutos que la misma ha originado, de su generosidad y entrega constante a cualquier cosa que se le solicite, de su comprensión, de su natural y siempre persistente amabilidad y alegría, de su sufrida capacidad de ofrecimiento para convertirse en espléndida guía que descubra cualquier obra de arte a los muchos ignorantes en la materia que la rodeamos, de su mesura, cortesía y un larguísimo listado de méritos y cualidades que ella siempre manifiesta, por poco que se la conozca, ahora tendremos que añadir a todo ello sus dotes literarias. Además de su copiosa e impresionante producción académica, como historiadora de arte, Conchita de la Peña ha sido capaz de escribir una novela. ¿Cómo ha podido hacerlo entre sus clases, sus publicaciones, sus múltiples intervenciones en conferencias, seminarios, oposiciones, comisiones, exposiciones, sus tareas como miembro de la Real Academia Alfonso X, como evaluadora de ANECA, como compañera y amiga con la que siempre se puede contar, como hija, hermana, sobrina, esposa, madre y abuela siempre atenta y entregada? Esto, lo confieso, y con ello concluyo, resulta para mí un enigma mucho más profundo e insondable que el de la esclava de Nicolás Salzillo.

Murcia, 10 de septiembre de 2025